

RECUERDOS DE ISIDRO VALENTINES, FOTÓGRAFO

Me piden los amigos de la Arqueológica, que ordene las viejas fotografías, amarillentas y desenfocadas, que conservo en mi memoria, y que con ellas por delante escriba unas líneas sobre Isidro Valentines, que suplemente lo publicado hasta hoy. Valentines fue uno de los tres tarraconenses de los que supe desde el otro extremo de España, ya antes de llegar a Tarragona en 1943. En la publicación: “Isidro Valentines (fotògraf) 1900-1959” (Museu d’Art Modern, Tarragona, 2000) conté como el doctor Palomeque, catedrático que fue de la Universidad de Barcelona, me lo recomendó como leal amigo, junto al farmacéutico Antonio Delclós, y al administrativo del Instituto José Turégano.

A los pocos minutos de habernos presentado en el Instituto nos dimos cuenta que íbamos a formar una buena pareja con las mismas inquietudes y aficiones. Se encontró con alguien que le iba a permitir vencer algunas de las dificultades que su deficiencia visual le presentaba, y que procuraba salvar con sus gafas de gruesos cristales con cuya ayuda dibujaba, pintaba y fotografiaba.

La vivienda

Valentines vivía en el edificio de la Rambla Nova núm. 22, esquina a la calle Lauria. La casa era propiedad de la familia Valentines.

En los bajos había un bar –bar La Joya–, que aún pervive. En el primer piso vivían los hermanos Valentines: Santiago, Cecilia e Isidro. El segundo piso lo ocupaban las hermanas Pérez, profesoras de la Escuela Normal. El último piso lo tenía habilitado de estudio, en cuya parte posterior había una terraza con magníficas vistas al mar; la cocina la había adaptado como laboratorio, aprovechando la conducción de agua, las poyatas y el fregadero.

En la parte de atrás del edificio había un jardín, asilvestrado, que de vez en cuando arreglaba un peón del campo, y allí se movía a sus anchas una tortuga, a la que Valentines tenía puesto nombre, como un animal doméstico, nombre del cual no me acuerdo.

El estudio

El estudio tenía las paredes llenas de cuadros, bocetos, apuntes, carteles, baldosas decoradas, ...

Como muebles había: una mesa-tablero de delineante, dos arcones antiguos, un par de caballetes y unos taburetes. En los arcones guardaba, en carpetas, láminas, grabados y las cajas metálicas con película virgen (que compraba en Barcelona) y allí estaban también los álbumes de datos (grabados, planos y fotografías, con multitud de anotaciones escritas en las hojas) confeccionados con unas cubiertas protectoras duras y láminas de dibujos, que hoy se conservan en el Archivo de la Real Sociedad Arqueológica, continuamente consultados por los investigadores, algunos de los cuáles, ladinamente, silencian la procedencia de su información.

Había también diseminados por el estudio: pinceles, reglas, paletas, algún cacharro de cerámica, trozos de tela... y demás trastos que forman el ambiente de trabajo de un artista.

El reloj

Lo que no suele encontrarse en esos estudios-talleres de artistas, es algo que en el de Valentines era esencial: un reloj. Un reloj de péndulo, de pesas, y masa lenticular, que batía segundos, es decir que su escape de áncora de la rueda catalina dejaba oír su sonoro tic-tac cada segundo.

El reloj estaba instalado en el laboratorio (cocina). La razón era porque cuando se trabajaba en la oscuridad, revelando, el tic-tac permitía controlar el tiempo requerido en las operaciones fotográficas.

Independientemente el laboratorio tenía montada una instalación de luz roja para cuando podía trabajarse con ella. Allí había también, aprovechando el hueco de la despensa, cubetas de formas y tamaños más usados, y algunos frascos de productos químicos de aplicación fotográfica.

Y para que no faltara nada, el ambiente disponía de "hilo musical". Un ingenioso montaje hecho con un cristal galena y un altavoz de cartulina ligera, permitía oír los programas de Radio Tarragona.

La máquina

Tenía Valentines una Leica de los años treinta. La mejor marca y modelo que había en el mercado y disponía de equipos complementarios, para poder fotografiar objetos cercanos. La reproducción de monedas del tesorillo de “Els Munts” o de las encontradas por mi en la exploración arqueológica realizada en el jardín de la catedral, o de los detalles del sarcófago romano de la entrada de Jesús en Jerusalén de la parte románica lateral de la catedral, o de las figuras del tímpano del portal mayor, etc. ... se hicieron con unas varillas que se atornillaban a un objetivo suplementario, y los planos de los Archivos Militares de Barcelona y Madrid, los hicimos con otro montaje utilizando unos soportes metálicos que se apoyaban en una mesa y que fijaban la máquina a la altura deseada sobre el plano.

Con la máquina Leica, que quería más que a sus ojos, llegamos a convenir —dado el uso abusivo que le obligaba a hacer con mis trabajos— que yo le proporcionara la película virgen, con lo que me daba más libertad de movimiento, y así obtener fotografías que con mi máquina fotográfica, sencilla y modesta, no podía hacer.

El investigador

A Valentines le inquietaba la fotografía y sus “misterios”, y en ellos se centraba su trabajo, aunque sin método.

En el proceso de revelado con frecuencia introducía variables que no cuantificaba, y jugaba también con la temperatura, la concentración, el tiempo, la sensibilidad del papel, la composición de los reactivos, etc.

Ahora que recuerdo, debo decir que en el laboratorio estaba también montada una ampliadora.

El fotón

Le interesó, durante algún tiempo el poder fijar con facilidad de uso, la relación óptima de exposición, diafragma y la sensibilidad de la película, sin tener que utilizar el fotómetro.

La idea la plasmó en un dibujo, que después redujo al tamaño de una tarjeta, de unos 7 x 10 centímetros con los datos numéricos. El soporte era de material duro, impreso, plastificado, a dos tintas y que no sé si llegó a patentar.

Me pidió que fuera el padrino y de varios nombres que relacionados con la luz le propuse, escogió: “el fotón”. Hizo una tirada reducida (unos cientos) y los distribuyó para su venta en los establecimientos del ramo.

No sería extraño que aún hubiera por ahí, en algún rincón, perdidos, algunos ejemplares.

Otro tema en el que investigó algo fue en el de la solarización, de la que me habló ya en los primeros días de conocernos, pero como no le di importancia quedó olvidado. Consistía, si mal no recuerdo, en iluminar durante un instante un negativo impresionado; así, al revelarlo, aparecía un halo en los puntos de contraste. La verdad es que no teníamos mucho tiempo libre para entretenernos en experimentos fotográficos, cuando otros asuntos más importantes requerían nuestra atención.

El archivo fotográfico

En cuanto al archivo fotográfico, los negativos los recortaba en tiras de unos veinte centímetros aproximadamente, que envolvía en una cuartilla plegada poniendo en la parte externa un número, letra o señal, como referencia y con frecuencia una breve indicación del contenido; en ocasiones indicaba las características técnicas de las fotografías: sensibilidad de la película, diafragma, exposición, ... y, raramente, la fecha.

Parte de estos negativos fueron entregados por los herederos de Valentines a la Real Sociedad Arqueológica, y el resto se los reservó la familia por considerarlos de interés privado.

Las condiciones de la entrega a la Real Sociedad Arqueológica las desconozco pero, tal vez por las prisas, o por la dificultad de seleccionar entre la ingente cantidad de negativos, la elección del lote "arqueológico" no fue muy rigurosa, porque en los recibidos por la Sociedad faltan algunos de los que hicimos juntos en nuestras salidas, correrías, excursiones y viajes histórico-arqueológicos.

JOSÉ SÁNCHEZ REAL